

LOS  
COLORES  
PRIMARIOS

ALEXANDER  
THEROUX



LABESTIA  
EQUILATERA

ALEXANDER THEROUX

# Los colores primarios

## Tres ensayos

Traducción de *Ariel Dilon*



Theroux, Alexander  
Los colores primarios : tres ensayos . - 1a ed. - Ciudad  
Autónoma de Buenos Aires : La Bestia Equilátera, 2013.  
288 pp. ; 22x14 cm.

Traducido por: Ariel Dilon  
ISBN 978-987-1739-71-4

1. Ensayo Estadounidense. I. Ariel Dilon, trad. II. Título  
CDD 814

Diseño de interior: Daniela Coduto  
Corrección: Cecilia Espósito

Título original: *The Primary Colors. Three Essays*

© 1994, by Alexander Theroux

© Ariel Dilon, de la traducción

© 2013 La Bestia Equilátera S.R.L.

Aguilar 2023

Buenos Aires, Argentina

info@labestiaequilatera.com

www.labestiaequilatera.com

ISBN 978-987-1739-71-4

Hecho el depósito que indica la Ley 11.723

Queda prohibida la reproducción total o parcial  
de esta obra, por cualquier medio o procedimiento,  
sin permiso previo del editor y/o autor.

## Índice

el azul	13
el amarillo	81
el rojo	173

*Para mi madre y mi padre*

*Es extraño cómo los colores parecen penetrarnos,  
tal como lo hace un aroma.*

Dorothea Brooke  
en *Middlemarch* de George Eliot

**el azul** es un color misterioso, el tono de la enfermedad y la nobleza, el color más raro en el reino natural. Es el color de las profundidades ambiguas, de los cielos y, al mismo tiempo, de los abismos; azul es el color del lado de la sombra, el tinte de lo maravilloso y de lo inexplicable, del deseo, del conocimiento, del *blue porn*, las películas porno; del *blue talk*, que es hablar con crudeza; de la carne cruda, del bife jugoso, de la melancolía y de lo inesperado (*once in a blue moon*: cada muerte de obispo; *out of the blue*: así de la nada). Es el color de las placas de ánodo, de la realeza en Roma, del humo, las colinas lejanas, los matasellos, la plata de Georgia, la leche desnatada y el acero reforzado; de las venas vistas a través de la piel y de las notificaciones de despido en el negocio de los ferrocarriles en los Estados Unidos. La piedra de azufre produce llama azul, y se dice que el fulgor azul de una vela indica la presencia de fantasmas. El azul oscuro del cielo de *Cuervos sobre los campos de trigo* de Van Gogh, tela de 1890, parece expresar el funesto destino del pintor. Pero, según Grace Mirabella, editora de la revista *Mirabella*, el

azul, utilizado en la tapa de una revista, es siempre garantía de mayores ventas en el quiosco de diarios. “Es el color favorito de Norteamérica”, afirma.

Paradójicamente, es el único de todos los colores que con toda legitimidad puede ser visto como próximo a, y al mismo tiempo esencialmente símbolo de, tanto la oscuridad como la luz, curiosamente negro en la noche y casi blanco en el horizonte diurno (“... aire azul profundo que no muestra”, observa Philip Larkin, “nada, y no está en ninguna parte, y es infinito...”). Puede opacarse, puede hacerse oscuro, puede flotar aquí y allá como una bruma, evocar serenidad y poder. Reflejándose el uno en el otro, el mar toma su color del cielo. Como observa Helen Hunt en “My Lighthouses”,

*Miro a través de la bruma azul del puerto,  
y acecho la variable línea donde el cielo  
un tono menos azul se funde con el mar...*

Podría decirse que no es tanto un color como un estado de la luz. También es el Vacío: simplicidad primordial e infinito espacio que, siendo vacíos, pueden contenerlo todo o nada. “Vi a Venecia triste y azul porque a ella no le importó”, canta el despechado Charles Aznavour.

*Ningún color se aísla como el azul.  
Si la sombra azul de la lámpara iguala  
a la sombra amarilla del cielo, ¿en qué  
se diferencian la una de la otra?*



pregunta el pintor Fairfield Porter en “A Painter Obsessed by Blue”, uno de sus poemas.

La palabra canta. Uno hace un mohín al pronunciarla, prepara un beso, frunce ligeramente la cara, soplando graciosamente por entre los labios como ante las velitas de una torta de cumpleaños. (¿Es por eso que Rimbaud insiste en que el azul es el color de la vocal *o*?). En el lenguaje llamado lojban, cuya gramática excluye todo equívoco y que está formado por un vocabulario básico, culturalmente neutro y artificialmente construido, la palabra *blanu*, “azul”, incorpora conjuntamente el inglés *blue*, el chino *lan*, el *la* del hindi *nila*, el *azu* del español *azul*, el *olu* del ruso *goluboi*, y desde luego, aparte de las seis lenguas lojban de base, tampoco descarta nada del alemán *blau*, junto con obvias resonancias del francés *bleu*.

La famosa lista de cien palabras básicas del lingüista Morris Swadesh (“Yo, nosotros, tú, esto, aquello, uno, dos, no, hombre, mujer, perro, árbol, mano, ojo, cuello, agua, sol, piedra, grande, pequeño, bueno”, etcétera) incluye los términos de color “blanco, negro, rojo, amarillo, verde”, pero no “azul”. De hecho, no hay ninguna palabra para los colores en el habla indoeuropea primitiva. A muchos idiomas les falta una palabra distintiva para el azul. ¿Acaso la gente en todo el mundo instintivamente siente que es menos que un color primario?

Probablemente fue admirado por primera vez en los buccinos de Fenicia, y en los moluscos de Tiro. No hay azul en las cuevas de Lascaux: los artistas paleolíticos usaban pigmentos de óxido de hierro, principalmente marrones y

rojos, sobre esas paredes perfectas de calcita. Más tarde, el azul egipcio (también llamado *frita azul*) se preparaba calentando arena, carbonato de sodio, cal y sulfuro de cobre para producir un gas azul, que luego era machacado hasta formar un polvo, un pigmento de color más intenso en su estado más grosero. Cuanto más fino se lo molía, de un azul más pálido se volvía. Los griegos llamaban a este color *kyanos* (de allí el “cian”), en tanto que los romanos lo llamarían *caeruleus*, un nombre todavía usado hoy para el verdeazulado artificial preparado con estanato de cobalto. Hefestos utiliza esmalte azul en el gran escudo de Aquiles, en la *Iliada* (Libro XVIII), y en la antigua Grecia con frecuencia se pintaban festones azules en los mármoles; hasta las antiguas figuras cicládicas estaban pintadas. Las metopas de muchos templos de la antigua Grecia tenían fondos azules, a fin de que parecieran profundos en contraste con los triglifos. Había auténticos caballos azules en la arcaica decoración de la Acrópolis y en la pintura etrusca sobre tumbas, y tintura de cabello azul brillante.

En Grecia y Roma, escribe Alberto Savinio en *Dico a te, Clio*, “Las barbas de color azul oscuro eran muy comunes en la escultura pintada. Todas las estatuas, antes del concepto espiritualista de que ‘el arte expresa lo inexpressable’, estaban pintadas. La barba azul probablemente fuese el ‘ideal’ de las barbas negras, esto es, cabello con reflejos de azul oscuro”. Aparentemente, el azul apenas era usado aquí y allá en los murales de Pompeya, y no lo era en absoluto en las partes principales de las imágenes. Introduce, ocasionalmente, un aspecto como el del pálido

color de la atmósfera, o de edificios situados en la distancia, pero está siempre en una posición subordinada. Un brillante pigmento azul, de tonalidad turquesa, lógicamente conocido hoy como azul maya, fue, en todo caso, muy utilizado por los mayas en sus pinturas murales. Se hacía de beidellita, un mineral arcilloso.

En el Viejo Testamento, la toga de un *ephod*, el elaborado adorno de un sacerdote hebreo, debía realizarse, aparte de sus motivos de granadas, enteramente en azul (Éxodo 28:5-35). (Todo color mencionado en la Biblia, excepto el azul, que se aplicaba al algodón o al lino, se refería siempre a un tejido de lana). Entre los fieles hay un mandato, creo, de usar chales de plegaria con borlas azules, teñidas de azul por la tinta de un nautiloideo hoy extinguido. (Ahora los *tzitzit*, como se llaman, se usan sin teñir). El marfil, los dientes y toda clase de colmillos tienen a menudo un tinte azul. Los colmillos del mamut lanudo prehistórico —los llamados, en China y Siberia, “dientes de la rata Tien-shu”, que medían casi cinco metros cada uno, pesaban unos 125 kilos y estaban torneados en espiral hasta casi efectuar un círculo completo— eran de un marfil azulado. Las máscaras de mosaico de los incas eran desde luego azules, y sin duda se usaban hilos azules en los antiguos bordados de la necrópolis de Paracas, en Perú, circa 800 antes de Cristo, de un azul brillante, y telas azules hechas con plumas de guacamayo. Los hilos azules aparecen también en las antiguas vestimentas de lino encontradas tanto en las cuevas de los Rollos del Mar Muerto como en Dura-Europos, sobre el Éufrates. Y luego está la Mezquita

Azul de Tabriz, que debe su nombre a la brillante fayenza ultramarina que, cubriendo enteramente la superficie de mampostería, parece cobrar volumen. (Wittgenstein dice que los colores son formas de los objetos).

Es el símbolo de los varoncitos en América, del luto en Borneo, de las tribulaciones para el indio americano y de la dirección sur en Tíbet. El azul indica misericordia en la Cábala, y monóxido de carbono en las garrafas de gas. Los emperadores chinos vestían de azul para venerar el cielo. Para los egipcios representaba virtud, fe y verdad. Vestían de ese color los esclavos en la Galia. Era el color del sexto nivel del Templo de Nabucodonosor II, consagrado al planeta Mercurio. En Jerusalén, una mano azul pintada sobre las puertas brinda protección. Un punto azul colocado detrás de la oreja de un novio en Marruecos desbarata el poder del mal, y en África oriental las cuentas azules representan fertilidad. En las Islas Británicas, se marca con azul claro las ancas de las ovejas. Los abalorios rusos de trueque del Yukón estaban hechos de vidrio azul. La gema jacinto otorga clarividencia. En Siria existe la superstición de enlazar un cordel azul alrededor del cuello de los animales, para protegerlos de la muerte. Y en su libro *Beyond the Melting Pot*, Daniel Patrick Moynihan y Nathan Glazer señalan que en Irlanda el color simbólico del día de San Patricio no es el verde sino el azul. Una vez, en Londres, me comprometí con una muchacha bajo una nevada azul, en una Nochebuena, recordando los versos de Wallace Stevens:

*Y la nieve en el aire resplandece un instante,  
gota de miel magnificada azuladamente.*

Los chow chows tienen la lengua azul. En Irlanda, el pesticida para los sembrados de papas es azul. En la parte baja de la espalda de todos los bebés asiáticos recién nacidos (y también de algunos del Mediterráneo) puede hallarse un punto azul que desaparece al cabo de más o menos una semana. Existe el oro azul, que contiene según consta un setenta y cinco por ciento de oro y un veinticinco por ciento de hierro. Massachusetts significa “las montañas azules”. Y siempre ha sido el color favorito en las canciones populares. El ozono es una forma alotrópica, ligeramente azul, del oxígeno y puede condensarse en un líquido magnético azul oscuro. En la heráldica, el azul es simbolizado por barras horizontales. El uso del cianotipo, inventado por sir John Herschel en 1842, estaba muy difundido (pre fotocopia) porque era el medio más simple de reproducción “fotográfica”, y para su fijación solamente requería agua: se le hace al papel un baño de ferroprosiato y, una vez que se ha concluido, simplemente se lavan las partes en blanco para retirar el residuo indeseado. El ave favorita del ornitólogo Roger Tory Peterson es el arrendajo azul, que además fue el tema de su primera pintura de pájaros. En el condado de Munchkin, en el mundo de Oz, de L. Frank Baum, el azul es el color dominante: la hierba, los árboles, las casas, son todos azules, y los hombres visten ropas azules. Es el color de la máquina, entrañable y sólido, en *La pequeña locomotora que sí pudo*

de Watty Piper. Hasta el sol es azul los sábados en el libro de Richard Brautigan *En azúcar de sandía*. Y me han dicho que, en el estado de Texas, allí donde no haya una pintura de altramuces azules colgada en la pared, no es un auténtico hogar.

Tantos matices y variaciones se pueden encontrar de este color. Está el azul celeste Dutch Boy. El azul Pacific Pool Supplies. El azul de helados Eskimo Pie. El pastel polvoriento de la tiza para los tacos de billar. El vidrio azul cobalto de la Gedächtniskirche en Berlín. Hay un color de la tienda Sears llamado azul Alice Blue Gown, bautizado así por el color favorito de la preciosa hija de Teddy Roosevelt. (Más tarde llegaría el “azul Eleanor”, tributo al color favorito de Eleanor Roosevelt). Paul Bowles describe el océano frente a la costa de Tánger como “azul pluma de pavo real”. La frase “auténtico como azul de Coventry” se refiere a una tela y un hilo azules fabricados en Coventry, ciudad cuya tintura permanente es de gran renombre. Las desconchadas piedras sepulcrales del venerable Old Granary Burying Ground de Boston, especialmente después de una lluvia torrencial, muestran tintes de un esquivo azul del más allá. El azul Tiffany es el inimitable azul de los huevos del tordo. El azul endrino tiene un toque de negro. Está el moho azul del queso, que se desmenuza. Y ese iridiscente azul de la cara superior de las mariposas conocidas como “topacio” (género *Thecla*) y “atala” (género *Eumaeus*) contiene un gris plata como el de las viejas pantallas de cine. Hay una elegante camisa de paño fino, color azul Francia, que solo he visto en T.M. Lewin & Sons,

Londres. Y hay un nuevo reloj de Timex con función nocturna, el “Indiglo”, que se ilumina de azul.

¿Y qué hay del profundo azul laguna de los fósforos Ohio Blue-Tip? ¿Y el azul del limpiador Windex? ¿Y el *bluestem*, que son las hierbas altas de Kansas? ¿El tinte azul de la ceniza de un Havana Club Corona N° 3, o de un Rafael González Lonsdale? ¿El *Aqua Velva Mediterranean* de Hockney? ¿Los diáfanos ojos de un azul de abril de Simonetta Vespucci, la inmemorial modelo de Botticelli? El cielo y el mar en Cape Cod durante el mes de agosto forman uno de los azules más intensos sobre la tierra. El *bharal* u oveja azul del Himalaya, una extravagancia teológica viva que curiosamente es más cabra que oveja, es azul pizarra con ojos de oro. Están los Gauloises *bleu*, el logo de IBM, y los platos azul oscuro y azul claro del elegante United University Club de Londres (1822). Hay una Sala de Baño Azul, en la bodega más grande de Salisbury, Connecticut, Nueva Inglaterra, realmente asombrosa. ¿Y qué decir de esos nuevos cepillos de dientes con un colorante azul en la cerda (¡probablemente cancerígeno!), que cuando el azul decae indica que es hora de comprarse otro? En uno que me compré, el azul desapareció en tres semanas. Imaginen la declaración de rentas, cuarenta dólares por cepillos de dientes, seguida del pedido de aclaración del auditor: “¿Pinceles?”. ¡No, *cepillos de dientes!*

Un azul llamado tornasol (a veces llamado *solsequiem*) era habitualmente usado por los monjes para aplicar con el plumín preciosas florituras alrededor de las letras (por lo general rojas) en la iluminación de libros. Uno de mis

bistrós favoritos en París, el restaurante Bleu de la rue Didot en Montparnasse, paleta de azules por dentro y por fuera, tiene una fachada azul celeste, y en el interior, paredes de color azul claro para combinar con las boinas de tantos de sus agradecidos parroquianos. Sin duda, hay un azul para la noche, para la oscuridad, para las sombras. Para las nubes. Para los rastros en la corriente de aire. Para las caras morosas de nuestras vastas y antiguas montañas, con carámbanos colgando de sus narices. Para la magia y la neblina y el claro de luna (“una aldea nocturna con los tejados azules al claro de luna”, escribió Proust). Tantos azules. Azules vegetales. Azules de cobre. El azul *bice*, o el color de las cenizas. El azul presbiteriano. El azul del horizonte urbano, que es, sin duda, un color aparte. Y es un color delicado.

El azul, en casi cualquier tono, es además una pintura esquiva. (Si usted alguna vez ha tenido un coche azul, o un *blue jean*, sabe lo que significa esquivo). Destiñe, tal vez más rápido que cualquier otro color. La destrucción del pigmento azul en la parte inferior del vestido de la Madonna de Rafael, la *Belle Jardinière*, es un buen ejemplo. Y desde hace mucho tiempo se ha reparado en que ninguna otra parte de la paleta es tan susceptible de distorsión por efecto de la edad como los azules y los violetas.

En Japón, el azul es un color muy popular, pero su particular belleza, para los japoneses, es más sutil que excitante. (Solo en tiempos recientes, curiosamente, los japoneses adoptaron una palabra específica para el azul, por lo que podemos concluir que, como pueblo